

Procesos de empoderamiento entre mujeres productoras en Tabasco

EDITH VÁZQUEZ, ESPERANZA TUÑÓN,
EMMA ZAPATA Y RAMFIS AYÚS*

Resumen: El texto analiza la repercusión que tuvieron los proyectos productivos o microempresas (o ambos) dirigidos a mujeres que han sido apoyadas financieramente por el Fondo Nacional de Apoyo a Empresas de Solidaridad (Fonaes) en Tabasco y en su organización por diversas instancias externas. Se pone a discusión si la participación en estas actividades extradomésticas crea condiciones de posibilidad para que las mujeres productoras inicien procesos de empoderamiento en las tres dimensiones propuestas por Rowlands: la personal, la colectiva y la de las relaciones cercanas.

Abstract: The text analyzes the effects of projects of production or micro-firms (or both) carried out by women from the state of Tabasco who have received financial backing from the Fondo Nacional de Apoyo a Empresas de Solidaridad (Fonaes), as well as consultancy and advice from a variety of external sources. The text questions whether the participation in such extra-domestic activities actually creates the conditions for economically-productive women to initiate processes of empowerment in the three dimensions set out by Rowlands: personal, collective, as well as that involving close relations.

Palabras clave: empoderamiento, género, proyectos productivos.
Key words: empowerment, gender, projects of production.

I. INTRODUCCIÓN

EL PRESENTE TEXTO SE PROPONE DOCUMENTAR Y ANALIZAR cómo el efecto de los probables beneficios propiciados por programas de créditos otorgados para realizar proyectos productivos o microempresas —por parte del Fondo Nacional de Apoyo a Empresas en Solidaridad (Fonaes) con mujeres organizadas para la producción en el estado de Tabasco, y asesoradas por organizaciones e instancias externas con el objetivo de mejorar su bienestar y el de sus familias—

* Depto. de Ciencias Sociales, El Colegio de la Frontera Sur, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas. C. P. 29000, México. Tel.: 01 (993) 351 18 61. Correo electrónico: Esperanza Tuñón: etunon@vhs.ecosur.mx; Ramfis Ayús: rayus@ecosur.mx; Edith Vázquez: edithv@portium.com.mx; Emma Zapata: guayabita_00@yahoo.com.

(o ambos) han permitido, o no lo han hecho, generar condiciones para desplegar procesos de empoderamiento en las mujeres. Interesa documentar cómo la participación de dichas mujeres en actividades extradomésticas contribuye a su bienestar y, como parte de ello, evaluar si se da un proceso de empoderamiento en las dimensiones planteadas por Rowlands (1997): la individual, la de las relaciones cercanas y la colectiva.

Para ello, el texto se organiza en cinco partes. En la primera se plantea el marco teórico. En la segunda se abordan las consideraciones teóricas acerca de las nociones clave que sustentan el análisis. En la tercera parte se explica la metodología aplicada y se aportan datos del contexto social en que se realizó el estudio. En la cuarta se exponen los resultados obtenidos en la investigación de campo y, finalmente, en la quinta y última presentamos las conclusiones.

II. CONSIDERACIONES TEÓRICAS

Es necesario comenzar afirmando que la *perspectiva de género*¹ es hoy aún incipiente y limitada en el diseño y operación de las políticas públicas para el desarrollo, tanto en la escala internacional como en la nacional. La política social en México sólo comprende dentro de sus coordenadas discursivas el abatimiento de la pobreza mediante estrategias asistencialistas que persiguen mejorar los niveles de bienestar de la población. Género y empoderamiento de las mujeres son todavía

¹ Convenimos en retomar la categoría de *género* propuesta por Teresita de Barbieri (1992: 150-151): “[...] el género es el sexo socialmente construido [...] los sistemas de género/sexo son los conjuntos de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual anatómo-fisiológica y que dan sentido a la satisfacción de los impulsos sexuales, a la reproducción de la especie humana y en general al relacionamiento entre las personas. En términos durkheimianos, son las tramas de las relaciones sociales que determinan las relaciones de los seres humanos en tanto personas sexuadas”. Lamas (1996), De Lauretis (1991), Scott (1996), Rubin (1996) y la misma De Barbieri (1992), entre otras, hacen hincapié en que, a partir de esta diferencia sexual, se ha construido la subordinación de las mujeres en relación con los hombres, y que estas relaciones sociales hombre-mujer llevan implícitas relaciones de poder de profunda desigualdad; por ello es necesaria la transformación de dichas relaciones. En síntesis, “género” constituye una categoría de análisis que tiene importantes repercusiones políticas y permite visibilizar cuestiones culturales y de poder que configuran las relaciones entre hombres y mujeres, entre las propias mujeres y entre los hombres mismos. Aquí nos interesa subrayar el potencial de la perspectiva de género como frente de acción social y político.

propósitos residuales que dependen de la disposición de organizaciones y gestores para que sean efectivamente incorporados como parte de la operacionalidad de los programas y proyectos.

La noción de *bienestar* es definida por Sen (1980, en Sen, 1996: 54) como “[...] la habilidad de una persona para hacer actos valiosos, o alcanzar estados para ser valiosos”. Esta propuesta de análisis se centra en el enfoque de capacidades, las cuales a su vez refieren a “[...] las combinaciones que una persona puede hacer o ser: los distintos funcionamientos que pueden lograr”.

Sen (1983) cuestiona las limitaciones de los análisis económicos basados en la disponibilidad de alimentos per cápita o en el Producto Nacional Bruto (PNB) per cápita, en tanto demuestra que situaciones de crisis de acceso a alimentos o recursos (o ambos) no están directamente relacionados con su oferta. Asimismo, incorpora al debate la idea de que en la promoción del bienestar de la persona, un conjunto de capacidades pueden incluir metas que van más allá de su propio bienestar. Para Sen (1996), el desarrollo tiene que ver con la expansión de capacidades de la gente; y la pobreza está definida por la identificación de niveles mínimos aceptables para ciertas capacidades básicas. Desde su concepción, el enfoque de capacidades puede introducir variables como la distribución de alimentos dentro del grupo doméstico, lo que es una cuestión poco analizada, pero sobre la cual hay evidencias de “sesgo sexual” (Sen, 1983).

Esto último es tratado también por Kabeer (1998), quien aduce que el bienestar del grupo doméstico se debe a un altruismo “natural” de parte de sus miembros para elevar al máximo el bienestar de todos. Señala que el “dictador” o jefe de familia benevolente potencia el bienestar del grupo doméstico mediante la asignación óptima de los recursos.

Estas concepciones de bienestar contemplan aspectos no sólo materiales sino de capacidades, sensaciones y emociones de la gente; es decir, incorporan lo subjetivo y lo que no se ve, pero que está presente y determina las formas de distribución y las relaciones entre los miembros del grupo doméstico.

El reconocimiento de las desigualdades presentes en todos los aspectos mencionados resulta fundamental para analizar las condiciones concretas de vida de las mujeres. Esto último es señalado por Nazar (2000: 81), quien indica que

[...] en la evaluación del bienestar de las mujeres y sus familias [el hogar], se constituye en un espacio en el que confluyen el conflicto, los intereses compartidos, los afectos, la ideología y el poder. Es, asimismo, el espacio central para la comprensión de los elementos que confluyen en la toma de decisiones.

Por su parte, Kabeer (1998) hace una crítica a la economía neoclásica, y sostiene que ésta ha dejado fuera los procesos internos del grupo doméstico y se centra en el análisis de los individuos como consumidores o como trabajadores. Dicha autora se inclina por la nueva economía doméstica, la cual distingue entre lo que es producción casera, ocio y trabajo para el mercado, mientras que el modelo neoclásico destaca que si las mujeres no participan en el mercado es porque las ganancias de sus actividades asalariadas son inferiores a las de los hombres y que, en el momento en que las ganancias aumenten, las mujeres se incorporarán cada vez más al mercado laboral; cubrirán el trabajo doméstico de variadas maneras, con la participación de otros miembros del grupo doméstico² o mediante la contratación de otra persona. Sin embargo, en la práctica priva una gran rigidez respecto del cambio de tareas femeninas por las masculinas. Ello dificulta, como abundaremos más adelante, que el proceso de empoderamiento se desarrolle en el aspecto de las relaciones cercanas de las mujeres.

El grupo doméstico —según Kabeer (1998)— es una unidad que se constituye mediante el parentesco y la residencia; asimismo, entraña normas y relaciones. Se basa en la cooperación y configura un espacio que proporciona estabilidad, lo que impide su desintegración. Según esta autora, el mantenimiento de la estabilidad se debe a que hay lealtad, reconocimiento personal y altas dosis de altruismo. Sin embargo, las relaciones son desiguales: unos se hallan en una situación de subordinación, mientras que otros detentan el poder. La capacidad de negociación, por tanto, no es igual entre todos los miembros del grupo

² Para definir “grupo doméstico” nos parece adecuado emplear la definición de De Oliveira y Salles (1989: 14), quienes establecen que se trata de “[...] una organización estructurada a partir de redes de relaciones sociales establecidas entre individuos unidos o no por lazos de parentesco, que comparten una residencia y organizan en común la reproducción cotidiana”. Además, consideramos necesario complementar esta definición con el reconocimiento de que dichas relaciones se organizan en “armonía o conflicto” (García *et al.*, 1989: 168), en tanto que retomamos el análisis de tales relaciones para explicar los rasgos de empoderamiento de las mujeres productoras a las que nos referimos en el presente estudio.

doméstico y, ante un eventual rompimiento, hay más posibilidades de que el hombre abandone el espacio doméstico, por lo que la posición de dependencia de las mujeres las conduce a establecer estrategias de sumisión y autosacrificio para asegurar la permanencia del grupo y el bienestar común a costa muchas veces del bienestar propio. Es necesario destacar que en este proceso también influyen otras normas sociales, que pueden dar lugar a fuertes sanciones por parte de la comunidad.

Bienestar y empoderamiento son aspectos que se articulan. Son parte de una misma estructura de relaciones dentro de los grupos domésticos. Al respecto, Kabeer (1998) señala que las relaciones de poder dentro del grupo doméstico determinan que la distribución de los recursos y la toma de decisiones sea androcéntrica, lo que no constituye más que una cuestión de tipo estructural que responde y da sostén al orden económico internacional, nacional y a su repercusión en lo local.

Respecto del término *empoderamiento*, es importante partir de los esfuerzos de exégesis y síntesis teórica compilados y realizados por Magdalena León (1997). En primer lugar, no se trata de un simple anglicismo; diccionarios como el de María Moliner (1986), entre otros, reconocen que el uso del vocablo “empoderamiento” tiene en español un largo tiempo de uso, casi siempre relacionado con sinónimos como “potenciar” y “apoderar”, y a la perífrasis “dar poder”. Sin embargo, hace hincapié en que castellanizar el vocablo inglés permite recuperar el sentido de acción que encierra el prefijo “em”, lo que significa que el sujeto se convierte en agente activo según su situación sociohistórica concreta. Pese a lo anterior, conviene matizar con otras opiniones igualmente valiosas la duda que se cierne sobre el uso en español de “empoderar” en tanto que, al ser éste un verbo transitivo, vería limitado su uso en tanto que una persona no puede “empoderar” a otra (Zapata, en Townsend *et al.*, 1999). Ante la antinomia en que se encuentra el término “empoderamiento”, preferimos continuar la discusión en el plano de su realización empírica, sin dejar de estar al tanto de las discusiones lingüísticas (y políticas) al respecto.

En un artículo reciente, León (2001) indica que la aceptación de este concepto dimanó de un encuentro entre pensadoras del Primer Mundo con sus colegas del Tercero. Lo que representa, en segundo lugar, reconocer que la transformación del lenguaje —y la incorporación de nuevos léxicos teórica y políticamente eficaces—

forma parte de la discusión que el movimiento de mujeres ha pugnado por mantener en la búsqueda de impulsar cambios en la cultura y en las relaciones de poder entre los géneros.

El término se comenzó a usar hace unos 20 años al resultar pertinente para referirse a las experiencias prácticas de las mujeres, especialmente las de base. Sin embargo, como sucede con muchos términos cultural y políticamente situados, su incorporación cotidiana puede conducir a que se vacíen de significado, por lo cual consideramos importante hacer hincapié en la contribución que aún puede acarrear este vocablo para el despliegue de la teoría feminista.

Así —continúa León (2001)—, el concepto se utiliza como “[...] sustituto de ‘integración’, ‘participación’, ‘autonomía’, ‘identidad’, ‘desarrollo’ y ‘planeación’, y no siempre referido a su origen emancipador”. Lo usan, en mayor o menor medida y conciencia de sus significaciones, actores disímiles como organismos internacionales, agentes del Estado, fundamentalistas, patronos y empresarios, educadores de variadas tendencias, grupos de desarrollo comunitario del Norte y del Sur, activistas sociales, grupos alternativos y mujeres en sus varias posiciones dentro del movimiento feminista.

León señala, asimismo, que el término tiene sus raíces en la importancia que los movimientos sociales y la teoría contemporánea en las Ciencias Sociales han conferido a la idea de “poder”, y que para la construcción teórica del término “empoderamiento” se retomaron contribuciones de varios autores, entre los que sobresalen Paulo Freire, Antonio Gramsci y Michel Foucault.

El primero, con su teoría sobre el aprendizaje liberador y transformador para que los oprimidos dejen de serlo, mediante procesos de *concientización*, descritos como el paso de la conciencia no reflexiva (donde la persona no tiene capacidad de elegir) a la conciencia crítica, en la cual la persona parte de las condiciones de su realidad y encuentra en ella los elementos críticos necesarios para pasar a la acción y transformarla. El segundo, que hace hincapié en los mecanismos de participación en las instituciones y la sociedad en busca de un sistema igualitario, valoró categóricamente el espacio de la sociedad civil y de las formas de relación que se dan en ella como estrategias en la “guerra de posiciones” para generar un proyecto ético-político de subversión social.

Michel Foucault (1988, 1991, 1992, 1995), por su parte, sostuvo —contrario a la opinión teórica prevaleciente en las Ciencias Sociales

de hace tres décadas— que el poder no es una *propiedad* y que, por tanto, no se posee sino que se ejerce; tampoco está *localizado* en el aparato de Estado sino que el poder opera en todas partes; no puede comprenderse como *subordinado* a un modo de producción o a una dimensión de la sociedad (la infraestructura, por ejemplo); el poder no es una *esencia* o atributo que califica a quienes lo detentan (dominadores) o sobre los que se ejerce (dominados), sino que “[...] en realidad, son unas relaciones, un conjunto más o menos coordinado de relaciones” (Foucault, 1991: 132) que expresan la “multiplicidad de relaciones de fuerza inmanentes y propias del dominio en que se ejerce” (Foucault, 1995: 112).

El poder, en síntesis, trata de una red de relaciones entre actores y unidades operantes (desde clanes hasta bloques de naciones, instituciones o agregados sociales de menor complejidad: grupos de pares o domésticos, por ejemplo). Es importante concebirlo no a partir de una configuración reificante, sino relacional y posicional. El poder no es posible de ser medido, sólo su base material; es decir, un elemento del medio ambiente que se quiere controlar, el cual puede ser desde un recurso natural hasta un símbolo. Debe distinguirse entre poder y control: éste es la fuerza que se ejerce; aquél, la relación que la hace intencional. El poder es, por tanto, una construcción mental de significados en torno a cosas y actores; por ello, se trata esencialmente de un concepto sociopsicológico y una realidad que se ejerce desde innumerables puntos. Siempre el ejercicio del poder se da en un marco de relaciones no igualitarias.³

Cabe señalar que ninguno de estos autores fue un representante del movimiento académico o político feminista, ni habló explícitamente de “empoderamiento”. Más bien, sus teorías resultan pertinentes para la reconstrucción de tal concepto, además de permitir replantear los alcances de este mismo análisis de situaciones sociales de mayor escala y profundidad analítica.

De los esfuerzos teóricos reseñados se desprende que las relaciones de poder pueden significar dominación, pero también desafío y

³ Consúltense, además de la bibliografía citada sobre Foucault, Richard N. Adams, *Energía y estructura. Una teoría del poder social*, México, 1983, y Ramfis Ayús Reyes, “Poder: lecturas paralelas. Notas en los límites entre filosofía y antropología del poder”, en Ramfis Ayús Reyes, *La aventura antropológica: cultura, poder, economía y lenguaje; ensayos de iniciación*, Villahermosa, Tabasco, México, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, 1997, pp. 73-88.

resistencia. En ese sentido, León (2001) insiste en que “empoderar” significa adquirir control de tu propia vida, desarrollar habilidades para formular y realizar actividades, así como definir tus propias agendas. Además, incluye cambios tanto en lo individual como en lo colectivo.

Otro aspecto importante que aborda dicha autora es que el término “empoderamiento” tiene distintos significados, según los contextos y circunstancias concretas, pues los escenarios son diferentes para cada individuo o grupo. Por ello, convoca a realizar una amplia exploración empírica de los detalles prácticos del empoderamiento; plantea como necesidad investigar y sistematizar las experiencias; analizar no sólo los aspectos materiales, sino también los emocionales y los subjetivos. Justamente, nuestro esfuerzo en el presente texto intenta responder a esta convocatoria.

Moser (1992) hace un análisis de las políticas, programas y proyectos diseñados para apoyar a las mujeres pobres. Entre los diferentes enfoques, plantea el de empoderamiento, y dice que los orígenes de la subordinación de las mujeres se produce en el grupo doméstico. Por tanto, es necesario que adquieran la posibilidad de ejercer el poder, no en el sentido de dominación sino de redistribución de las relaciones sociales; esto las conduciría a adquirir confianza en sí mismas, así como mayor control sobre los recursos y, finalmente, a lograr la equidad entre los géneros.

Wieringa (1997: 149), ante la dificultad de teorizar sobre el empoderamiento, sostiene que dos han sido los enfoques que buscan analizar la pobreza y miseria de las mujeres: los que ubican su causa en el modelo de mercado y que por ende proponen idear proyectos de generación de ingresos, y los que conciben “[...] que la miseria de las mujeres es causada por el control masculino sobre sus cuerpos, que les impide hacer un uso total de las oportunidades socioeconómicas disponibles a los hombres de los mismos grupos sociales”, y para los cuales esta forma de control debe ser “deconstruida y quebrantada” como condición del cambio. Para la misma autora, tales posiciones no son dicotómicas, sino que se complementan; por ello, ambas deben ser consideradas para abordar los aspectos de empoderamiento de las mujeres.

Respecto de la relación entre economía y empoderamiento, según Schuler (1997) el hecho de que las mujeres perciban ingresos constituye uno de los principales aspectos generadores de empoderamiento pues contribuye al fortalecimiento de su poder de negociación dentro

del grupo doméstico. Zapata (1999) propone algo semejante y Kabeer (1998), por su parte, sostiene que la “contribución percibida” de las mujeres es un factor que determina la capacidad de negociación en el hogar. Sus estudios realizados en la India muestran que el trabajo remunerado fortaleció a las mujeres en su participación en la toma de decisiones. Las autoras mencionadas coinciden en que éste no es el único aspecto que habrá de ser considerado para determinar el empoderamiento en las mujeres. No obstante, dado que las mujeres de nuestro estudio desarrollan actividades económicas, este aspecto (entre otros) será uno de los que hemos de analizar.

En dichos términos, es posible concebir que un proyecto productivo económicamente viable no genere empoderamiento; y, por otro lado, un proyecto económico con números rojos podría generarlo. Ésta será, entre otras, una de las premisas que se analizarán en el presente texto. No podemos soslayar el hecho de que percibir ingresos y decidir cómo manejarlos genera confianza y seguridad en las mujeres, así como tampoco podemos dejar de lado el hecho de que, a partir de ser productoras, las mujeres y demás integrantes del grupo doméstico difícilmente mejoran su situación de pobreza. Sin embargo, bajo la propia mirada de dichas mujeres, cabría plantearse algunas preguntas. ¿Qué es más importante? ¿Cómo perciben su situación? ¿Se sienten empoderadas? ¿Consideran que han alcanzado un mejor nivel de bienestar? ¿Qué propuestas tienen para sus vidas? El empoderamiento, de acuerdo con Hidalgo (1999: 26),

[...] puede contribuir a mejorar la vida de las mujeres, en especial la de las mujeres rurales, ya que no sólo enfatiza su desarrollo personal, sino que también lucha por transformar aquellas estructuras y fuerzas que las marginan, las oprimen y las colocan en desventaja frente a los hombres.

Rowlands (1997) articula una suerte de teoría de alcance intermedio (Merton *dixit*) que permite aclarar tanto cuestiones teóricas, metodológicas y prácticas del empoderamiento, al tiempo que resulta muy útil para guiar la investigación empírica. Propone un modelo en tres dimensiones: la *personal*, en donde es importante desarrollar el sentido del ser, la confianza y las capacidades, lo cual destruye los efectos internos de la opresión; la de las *relaciones cercanas*, que remiten al desarrollo de las habilidades de negociación dentro del grupo doméstico; y la *colectiva*, que permite evaluar la generación de habilidades de negociación entre organizaciones y de articulación del trabajo grupal y

potenciación de redes para lograr un mayor impacto social y acceso a recursos. Rowlands subdivide esta última dimensión en dos niveles: el local/informal y el formal o institucional.

Rowlands señala que aunque el empoderamiento individual es importante para llegar al colectivo, no es suficiente para lograr el de las relaciones cercanas, y que un enfoque de empoderamiento que permita el desarrollo requiere cambios en las tres dimensiones, de manera que las mujeres identifiquen sus propias necesidades en los ámbitos personal, del espacio doméstico, del grupo organizado, de las relaciones comunitarias, así como de su interrelación con diferentes instituciones. Para una mejor comprensión de su propuesta, indica que es importante entender los conceptos de “poder” y hace referencia a lo que ella denomina “poder sobre” y “poder para, con y desde dentro”. El primero se refiere a la visión hegemónica del poder, como habilidad que una persona o grupo despliega para que otra persona o grupo haga algo en contra de sus deseos. El último se refiere al liderazgo que tiene el poder para estimular que otros potencien sus capacidades (poder para); logren resolver problemas conjuntamente (poder con) y salga la fuerza que hay en cada individuo y que hace que se respete y acepte a otros (poder desde dentro).

En este sentido, el empoderamiento debe hacer sentir a las mujeres la capacidad para ocupar espacios en la toma de decisiones. La dimensión de empoderamiento colectivo —subraya— consiste no sólo en participar en el ámbito político, sino en establecer relaciones cooperativas y no competitivas. También expone que los procesos de empoderamiento colectivo no son fijos, sino que varían de acuerdo con la experiencia de cada individuo y cada grupo, además de que se transforman de acuerdo también con el contexto en que se inscriben dichos procesos.

Las teorías desarrolladas hasta aquí por diferentes autoras tienden a complementarse y ponen el punto en lo que nos interesa: el empoderamiento de las mujeres que realizan actividades extradomésticas para contribuir a los ingresos de sus respectivos grupos domésticos. Estas autoras se refieren al cambio en la distribución del poder entre los géneros, en el sentido no de subordinación de uno u otro, sino en el de que las mujeres adquieran autoconfianza, cobren conciencia sobre sí mismas y, lo más importante, puedan decidir sobre sus propias vidas.

Retomando varias de las cuestiones teóricas reseñadas, pretendemos documentar cuáles aspectos generan las condiciones de posibilidad para

el empoderamiento de mujeres productoras que se desenvuelven en un contexto regionalmente específico y singular, así como registrar la propia percepción de las actoras sociales; qué cambios experimentan tanto en lo material como en lo individual y grupal a partir de sus vivencias como mujeres productoras y organizadas en un colectivo; qué significa para ellas “estar bien”, sentirse contentas, satisfechas: qué es lo que da sentido a sus vidas. Consideramos que si bien entrar en el mercado laboral ha sido fundamentalmente producto de crisis económicas y políticas sociales erráticas, el hecho de que las mujeres accedan al ámbito público del trabajo, ha abierto nuevas posibilidades para ellas.

III. METODOLOGÍA

Para la construcción de los datos que sustentan el análisis, se empleó un estilo de investigación y se utilizaron técnicas de corte cualitativo. Tal estilo permitió explorar el contexto social en el que viven las mujeres de nuestro estudio y comprender la percepción que ellas construyen de su propio bienestar y empoderamiento.

Se realizó observación en campo y se desarrollaron entrevistas a fondo con 27 mujeres organizadas para la producción en Tabasco: la responsable y dos socias de cada uno de los nueve grupos que fueron seleccionados para el estudio. Fueron 10 los informantes clave: asesores y técnicos de las instancias que han acompañado el proceso, así como personal de apoyo de Fonaes.

Se dio prioridad a la técnica de entrevista a fondo, pues posibilita acceder a las experiencias reflexivas de las mujeres, reconstruir sus vivencias como productoras y agentes de sus propios procesos de cambio. La entrevista permite situarse en un punto intermedio entre los testimonios de experiencias conductuales y los recursos discursivos que hacen narrables tales experiencias (Alonso, 1995); de tal modo se recupera lo mejor de cada una de esas intenciones de indagación. Asimismo, el espacio social de la entrevista garantizó propiciar la reflexividad. Por ello entendemos la posibilidad de que las mujeres se dieran la oportunidad de autoevaluar sus vivencias, compartirlas y reconstruir la imagen que tienen de sí mismas bajo una perspectiva crítica, con interlocutores igualmente reflexivos y sensibles a la problemática en estudio. Con ello se accedió a ciertos niveles de significados profundos, y se hizo posible dotar de voz a las que sólo poseen el silencio.

Más que representatividad en el sentido estadístico convencional, el estudio buscó interrelacionar las preocupaciones políticas de los investigadores y los referentes teóricos con los hallazgos empíricos. Con ello se intentó llevar la documentación y el análisis a un nivel de expresión sociológica que mostrara un equilibrio entre las dimensiones en juego. Una serie de interrogantes actuaron como detonadores de la sensibilidad teórica (Glaser, 1978) y orientaron la indagación empírica: no sólo cuántas mujeres participan en la producción y qué tipo de proyectos desarrollan, sino cómo se participa, cómo y por qué eligen una opción y no otra, qué cambios experimentan en sus vidas cotidianas, en las relaciones con sus parejas y cómo se van dando las transformaciones sociales, tanto en lo individual y lo colectivo como en lo comunitario.

El muestreo teórico⁴ (*theoretical sampling*; Glaser y Strauss, 1979; Glaser, 1978) se diseñó tomando en cuenta que Fonaes atendía en Tabasco a 26 grupos de mujeres en abril⁵ del año 2000, de los cuales 10 eran de porcinos, seis de procesamiento (chocolate, tortillas, pan, y otros), tres de ovinos, dos de apicultura, dos de tiendas de abarrotes y uno de comercialización, costura y cultivo agrícola, respectivamente. Los criterios que sustentaron la selección de nueve de ellos para nuestro estudio fueron: *i*) el giro productivo y *ii*) su distribución geográfica. El cuadro 1 organiza según estos criterios los grupos analizados.

La organización y el análisis de los datos se orientó teóricamente a partir de la categorización que hace Rowlands (1997) en torno a las dimensiones de los procesos de empoderamiento. Dicha categorización —como se apreciará más adelante— permitió también hacer una presentación analítica de los resultados de este estudio.

⁴ El “*muestreo teórico* es un proceso de recopilación de datos para generar teoría, según el cual el analista conjuntamente recoge, codifica y analiza sus datos y decide qué datos recoger posteriormente y dónde buscarlos” (Glaser y Strauss, 1979: 45). Este proceso es controlado por la teoría emergente que orienta y al mismo tiempo va constituyendo un resultado del estudio. Es la denominación apropiada para designar la selección de muestras (grupos y subgrupos de estudio, así como informantes clave o no) en la metodología cualitativa. Fue propuesta por Barney G. Glaser y Anselm L. Strauss en 1967. Aunque esta pesquisa no se basa en la metodología de la *grounded theory*, trata de ser fiel al léxico técnico en la investigación cualitativa.

⁵ Mes en que se inició el trabajo de campo.

Convendría desarrollar a continuación algunas reflexiones y aportar ciertos datos respecto del contexto social tanto nacional como local donde se realizó la investigación.

CUADRO 1

GRUPOS EN LOS QUE SE APLICARON ENTREVISTAS

<i>Núm.</i>	<i>Grupo</i>	<i>Comunidad</i>	<i>Municipio</i>	<i>Giro productivo</i>
1	Yxim	Ej. Allende Bajo 1ª Sección	Macuspana	Porcinos
2	Yxicob	Melchor Ocampo 2ª Sección	Macuspana	Porcinos
3	Bool	Chivalito 4ª Sección	Macuspana	Porcinos
4	Grupo de Trabajo	Villa de Guadalupe	Huimanguillo	Panadería
5	Las Ovejas	Ej. Díaz Ordaz	Huimanguillo	Tienda de abarrotes
6	Las Flores	Col. Las Flores	Huimanguillo	Borregos
7	Rocely	Sor Juana Inés de la Cruz 108, Centro	Comalcalco	Costura
8	Beneficiadora Rodríguez	Ra. Río Seco 2ª Sección	Cárdenas	Comercialización de cacao
9	Ser Mujer	Ra. Patastal 1ª Sección	Comalcalco	Elaboración de chocolate

En México no ha habido propiamente políticas de desarrollo. Más bien, lo que se ha tomado por tal se ha enfocado al crecimiento económico, y esto ha traído como consecuencia graves costos sociales: desigualdad de ingresos, altos niveles de pobreza, aumento de la economía informal, desempleo y amenazas cada vez mayores a la paz social (Urquidi, 1996). Así, para sólo aportar un dato, 40 millones de mexicanos (la mitad de la población del país) viven en condiciones de pobreza y, de éstos, 20 millones se encuentran en pobreza extrema. Las mujeres han sido particularmente afectadas por el descenso general en los niveles

de bienestar de la población rural ya que —de acuerdo con Pedrero y otras (1995)—, además de las actividades productivas que tradicionalmente habían venido realizando sin remuneración (cría de animales de traspatio, huerto familiar, y otros), dicha crisis las ha orillado a realizar un sobreesfuerzo en la búsqueda de actividades para obtener un ingreso extra, tales como el desempeñarse como empleadas domésticas, establecer pequeños comercios o autoemplearse (o ambas actividades) mediante microempresas (Mingo, 1997; Zapata y Mercado, 1996).

En México, diversas instituciones han llevado a cabo programas dirigidos a mujeres campesinas, aunque sólo hasta 1983 se diseñó una política específica para la atención de mujeres campesinas mediante el Programa de Acción para la Participación de la Mujer Campesina en la Consecución del Desarrollo Rural (Promuder). Muchos programas y acciones han surgido, pero sin un diagnóstico ni una política general para la planificación y orientación de las acciones gubernamentales para transformar la situación de las mujeres (Aranda, 1993; Tuñón, 1997). Si bien dichos esfuerzos tienen su mérito, las políticas que han pretendido transformar la desigualdad entre los géneros han resultado efímeras, pues no se ha planteado esa meta como una necesidad básica. Parece ser que la intencionalidad apremiante es la integración de las mujeres a una economía de mercado y no la transformación de la desigualdad genérica. Muchos de los programas mencionados ignoran el problema de la subordinación de las mujeres o sólo lo abordan de manera parcial.

Por lo que toca a las políticas sociales encaminadas a abatir la pobreza, Velázquez (2000) señala que en nuestro país ha habido 27 programas específicos para reducir la pobreza, entre ellos Alianza para el Campo; Programa Nacional de Solidaridad; Programa de Educación, Salud y Alimentación (Progresá) y el Fondo Nacional de Apoyo a Empresas de Solidaridad (Fonaes). El objetivo explícito de Fonaes es ser un instrumento que promueve acciones para apoyar a grupos que viven en la pobreza y mejorar sus niveles de bienestar (Sedesol, 1999b).

Por lo que respecta al contexto en Tabasco, si bien no difiere mucho del panorama en el nivel nacional, hay particularidades en las estrategias productivas impuestas al campo tabasqueño a partir del auge petrolero que le han otorgado rasgos singulares a esta entidad federativa.

El efecto de la expansión petrolera, que inició en los años setenta, se manifestó en la región con una intensidad sin precedentes; ello dio como resultado que durante los últimos 10 años la situación

económica del sector agropecuario, ganadero, incluso de cultivos comerciales, se encuentre en una grave crisis (Beltrán, 1985; Comité de Derechos Humanos de Tabasco, A. C., 1999). El proceso de descapitalización del campo propició el abandono paulatino de las actividades agropecuarias en Tabasco; otros sectores de la industria no han corrido con mejor suerte, ya que no hay un esquema de apoyos a la micro y mediana empresas y no se dispone de infraestructura carretera ni portuaria para la exportación.

¿Es posible que, a partir de la organización y la participación en actividades extradomésticas (en este caso, productivas), se genere empoderamiento y bienestar en las mujeres? ¿Puede considerarse como posible generar espacios de participación de la población en los niveles micro, los cuales pueden alcanzar experiencias exitosas, sobre todo en términos de bienestar y empoderamiento?

IV. RESULTADOS DEL ESTUDIO

La mitad de las 27 mujeres entrevistadas tiene entre 30 y 40 años de edad: 23 de ellas son casadas; tres, solteras y una vive en unión libre. En promedio, las mujeres unidas tienen cinco hijos, excepto una que tuvo 14 y las tres solteras, que no tienen hijos. De las que tienen hijos, sólo dos no han utilizado nunca un método anticonceptivo. Respecto del nivel educativo, 10 no fueron a la escuela, aunque una de ellas aprendió a leer y escribir; 10 tienen la primaria incompleta; tres, la primaria completa; tres, la secundaria completa y sólo una estudió una carrera profesional.

En general, puede afirmarse que seis de los nueve grupos de las mujeres entrevistadas han iniciado un proceso de empoderamiento. La mayoría de ellas reporta un mayor bienestar en comparación con su vida anterior, a partir de que cuentan y operan proyectos productivos (si bien hay diferencias entre los grupos y dentro de cada uno de ellos). Especialmente, se encuentran empoderadas en la dimensión personal, con importantes avances en la dimensión colectiva.

Tres de los grupos no presentan rasgos de empoderamiento por varias razones: dos de ellos se constituyeron únicamente para obtener un crédito y se convirtieron en negocios particulares que capitalizaron los recursos. El tercero es un grupo de la etnia chol, y la mayoría de las mujeres es monolingüe. Para ellas, se trata de su primera experiencia

organizativa y sólo la presidenta sabe leer y escribir, aspectos que dificultan las condiciones de posibilidad para que se dé un proceso de empoderamiento, sin que ello signifique que éste no pueda darse.

Nos centraremos sobre todo en los seis grupos que presentan rasgos de empoderamiento, ya que dadas las características descritas respecto de los otros tres, no cubren los requisitos de funcionamiento como un colectivo. En los seis grupos mencionados, este proceso de empoderamiento y bienestar se da en gran medida por la experiencia acumulada de años de organización de la mayoría de los grupos, así como por la asesoría externa que han recibido de otras organizaciones e instituciones. Sin embargo, es importante reconocer que en la dimensión de las relaciones cercanas presentan pocos avances, ya que es la que presenta más complicaciones; consideramos que incluso en mujeres profesionales y que se encuentran en posiciones de liderazgo en los espacios públicos en los que participan, difícilmente logran dejar de ser las responsables del espacio doméstico, pues, como menciona Lamas (1996), resulta mucho más difícil transformar hechos culturales y sociales que transformar la naturaleza o lo biológico.

a) Dimensión de empoderamiento personal

En este apartado se toman en cuenta aspectos que, al participar en otras actividades extradomésticas y en el grupo mismo, generan el empoderamiento personal de las mujeres que integran los grupos estudiados. En la propuesta de Rowlands (1997), esta dimensión puede verificarse en la conquista de ciertos rasgos: autoconfianza, autoestima, sentido de generación de cambios, sentido de “ser” y desarrollo de la dignidad.

Respecto de la participación en intercambios de experiencias como mecanismo potenciador del empoderamiento personal, cabe señalar que varias de las mujeres han salido de sus comunidades y han asistido a encuentros y foros tanto dentro como fuera del estado de Tabasco. Si bien las lideresas son las que se autopropone en primer lugar para asistir a estos eventos, las asesoras y asesores insisten en que es conveniente que todas tengan la experiencia, o bien les sugieren que entre todas las socias decidan quién viaja. Entre los principales obstáculos detectados para que las mujeres se animen a salir de sus comunidades se encuentran la carga de sus responsabilidades domésticas, el miedo o la inseguridad (o ambos). Sin embargo, poco a poco se van rompiendo las ataduras.

Es el problema que te digo. Ahorita hay una señora que ya empezó a salir; me la mandé a Tamaulipas. Porque yo no podía ir y había venido la convocatoria, le dije a la señora que fuera. Fui a hablar con su esposo. Aun así no quería porque iba a brotar [parir] su chocha, y le dije: "Si es por eso, yo la voy a ver". Y el esposo dijo: "Si es sí, adelante", y así fue... (Manuela, 36 años, 2000).

Otro aspecto importante es la adquisición de conocimientos y de nuevas experiencias, lo que les confiere autoridad, independencia y desde luego seguridad en sí mismas, pues se consideran personas valiosas y reconocen que el conocimiento es importante para desenvolverse mejor en todos los aspectos de sus vidas. Según Kabeer (1998), cuando se genera un espacio en el que se les escucha y se promueve su participación, cambian los estereotipos de las necesidades de las mujeres. En este sentido, para ellas ahora resulta de gran importancia adquirir más conocimientos.

La primera capacitación que fue de contabilidad se le pidió a Cecaf;⁶ de ahí nos la mandó Fonaes para puro presidente de cooperativa. Ecosur⁷ entró ni sabemos cómo, simplemente cuando ya vinieron a capacitar al grupo, y nosotros todo lo que viene lo damos por bien recibido: no lo rechazamos; al contrario, nos trae mejora, un arma más con que desenvolvernos más adelante (Leticia, 43 años, 2000).

Sí, pué. ¿No le estoy diciendo que hemos aprendido a ir a las reuniones donde nos explican? Antes nos daba temor de hablar, nos daba pena; pero ahorita ya no, porque como que este crédito nos va despertando la mente de muchas cosas (Araceli, 47 años, 2000).

Es interesante retomar la frase "nos va despertando la mente de muchas cosas", pues indica que se está dando un proceso en la dimensión de empoderamiento individual, ya que contribuye al desarrollo de sus capacidades; además, cuestionan aspectos importantes de su vida cotidiana y perciben cómo ésta ha ido transformándose.

⁶ Son las siglas del Centro de Capacitación Agropecuaria y Forestal, dependiente de la Planta de Cementos Apasco en Macuspana, que otorga asesoría técnica a productoras y productores de las comunidades circunvecinas. Esta institución mantiene convenios de colaboración con el Fondo Nacional de Apoyo para las Empresas de Solidaridad y El Colegio de la Frontera Sur para el cumplimiento de sus objetivos.

⁷ Son las siglas de El Colegio de la Frontera Sur, institución académica que desde 1997 brinda asesoría con la finalidad de introducir la perspectiva de género en las organizaciones de mujeres productoras de la zona de la cuenca del río Puxcatán, en el municipio de Macuspana. Esta institución mantiene un convenio con el Fonaes y el Cecaf para el cumplimiento de sus objetivos.

Los siguientes testimonios permiten vislumbrar la posibilidad de cambios importantes en la dimensión de empoderamiento de las relaciones cercanas, pues ya cuestionan la inequidad entre ellas y sus maridos, y consideran que ya están en igualdad de circunstancias. Aunque, por supuesto, faltaría que los propios maridos apreciaran esto y que se produjeran las transformaciones respecto de las normas hegemónicas de género. Incluso en el siguiente testimonio se aprecian importantes cambios, pues ya ella no representa a su marido, sino a sí misma: vale por sí misma y ya no le pide permiso al cónyuge, sino que le informa orgullosa⁸ lo que hizo durante el día.

Sí. ¿Sabes por qué me gusta? Me siento más indispensable; siento más seguridad de mí misma. Todavía no he controlado bien mis nervios, pero ya siento que puedo decirle a cualquier funcionario lo que yo siento; antes no. Fíjate que ahorita le dedico más tiempo a otras cosas que a mi propia casa. Yo me siento bien porque siento desenvolverme y siento que valgo más. Antes yo me sentía frustrada, como que yo no soy para estar adentro de la casa. Yo así me siento. Mi esposo me ha dicho que o la casa o el divorcio, y le digo: “Yo, el trabajo”, y se distancia. Me dice: “A mí no me des comida. Haz de cuenta que yo no existo. Tú a la hora que quieres entras, sales”. Nadie pensamos que íbamos a llegar tan lejos, y ahorita me siento que no somos iguales con mi marido. No es para mí orgullo, o les digo a las otras “no” para su vanidad; pero ya no son igual como las otras mujeres de aquí. Y dicen ellas: “¿Por qué, si todas son igual?”. Les digo: “En el aspecto económico ya tenemos: nosotros salimos, nosotros nos visitan otras personas, nos dan otra capacitación, nos educan en cosas que no sabíamos y orita tú te defiendes; no te dejas ni de tu mismo esposo, y antes no. Ahorita puedes opinar y antes no” (Leticia, 43 años, 2000).

Yo sí me siento importante porque hay cosas que no lo sabía una hacer. Antes iba a las reuniones y me decían: “¿No que vas a agarrar un cargo? Si veniste [*sic*] es porque vienes representando a tu marido”. Ahorita yo sé que sí lo puedo hacer: si me dicen que yo lo agarre, lo agarro. Sabemos que sí lo podemos hacer, porque antes yo le tenía que pedir permiso a mi esposo para ir a cualquier lado. Ahora, si me invitan a ir a Cefac o a cualquier lado, voy. A veces, ya cuando mi marido viene de trabajar, le digo: “Fui a tal parte” (Yolanda, 32 años, 2000).

En términos generales, las mujeres consideran que gracias a este trabajo tienen más seguridad y “ya no son pobres” o son “menos

⁸ Es importante introducir aquí una notación de contexto. La entrevistada informa “orgullosa”, porque así lo expresó con sus ademanes y gestos al momento de la entrevista, remarcando el “yo”.

pobres”, en comparación con tiempos pasados y respecto de otras mujeres de la misma comunidad o de otros lugares ajenos a su espacio. Lo anterior tiene relación con su percepción acerca de la pobreza y el contexto en el que se han desenvuelto.

[...] yo siento que ahorita [...] le doy gracias a Dios y a los de Cecaf que me ayudaron, porque antes, cuando venía el tiempo de diciembre, a mí me daba tristeza: en casa de mi tía (la que tiene su tiendita allá), ellos sí hacían su comida. Tienen posibilidades, y mis hijos iban y les cerraban la puerta porque ellos estaban comiendo, y pues a mí me daba tristeza. Yo decía entre mí: “¡Ay, Dios mío! Ellos tienen; yo no tengo cuando menos para hacerles comida a mis hijos”. Ahora no. Así que ya voy a entregar pa’ tiempo de diciembre. Ya este año así lo hice: ya guardé mi dinero. Ya que faltaba poco, fui a hacer compras. Sentí yo que la pasé a gusto. Ya vi de que lo que ellos comieron, comieron mis hijos; no una gran cantidad, pero tuvimos. Tuve pa’ comprarles zapatos [...] En el primer embarque (venta de lechones), me quedó también dinero: compramos ladrillo pa’l pozo (Yolanda, 32 años, 2000).

Pues, somos personas que estamos en situación regular. Hay otras personas que están más pobres que nosotros y otras que tienen un nivel más alto que nosotros. Sinceramente, aquí antes la gente nos veía como tontas: que no ganábamos nada, que nos jactábamos demasiado; pero ahorita tal vez por eso ya empezó la envidia: porque no es así. Lo que más nos valió es la honestidad. Es que este trabajo se veía como un trabajo rústico, como que no era de importancia: lo veían como una locura (Margarita, 30 años, 2000).

Las mujeres de los grupos estudiados sienten que sus vidas han cambiado para bien. Consideran que ahora es mejor que antes; han aprendido mucho: ahora se desenvuelven mejor y se atreven a realizar actividades que antes les daban miedo. En este sentido, su autoestima se ha elevado.

Otro aspecto importante es el control de los recursos económicos, lo cual también refuerza la autoestima, pues las mujeres sienten que son importantes, que son reconocidas, y ello genera autoconfianza y seguridad en sí mismas; pero, sobre todo, permite que ellas puedan ahora tomar decisiones, muchas de las que —consideran— han resultado mejores que las que tomaban los hombres en las mismas circunstancias.

Sí, yo mi dinero es mi dinero. Y le doy gracias a Dios que sí me hayan dado ese crédito, porque yo sé que con mi dinero yo puedo comprar [...] (Laura, 45 años, 2000).

Se lo hubieran explicado también a éstos [señala a su esposo]; pero ya nosotros estamos trabajando diferente. Ya éstos acabaron [se refiere a que se gastaron el dinero y el proyecto no pudo continuar] y nosotros no. Estos dos puerquitos es pa' Fonaes y dos pa'l alimento, y ya éstos los va usté a agarrar pa' lo que le haga falta. Cuando no le va mal a uno sí queda, aunque sea pa' la comida le digo a él, pero ya no está una muerta de necesidad (Araceli).

Respecto del uso del tiempo libre, aproximadamente una tercera parte de las entrevistadas de hecho “descansa” haciendo otros trabajos, como elaboración de ropa para los miembros del grupo doméstico, hacer bazares o venta de tamales para apoyo a la iglesia y así por el estilo. Sin embargo, cabe reconocer que varias de ellas utilizan su tiempo libre en sí mismas y se distraen de diferentes maneras, de acuerdo con los intereses y preferencias de cada una. Esto es un aspecto fundamental para reconocer el proceso de empoderamiento personal.

Me pongo a leer la Biblia. Es un gran agradecimiento que me dé el Señor pa' mi comida [...] (Araceli, 47 años, 2000).

Voy a fiestas, celebraciones, baile, kermess, a la feria; me voy a pasear con mi amiga (Norma, 27 años, 2000).

Ya vamos a descansar, vamos a pasear un rato a casa de amigas o parientes (Alma, 34 años, 2000).

Veó tele, esa novela de *Siempre te amaré*, que ya va a terminar (Cristina, 30 años, 2000).

b) Dimensión de empoderamiento colectivo

El empoderamiento colectivo comprende todos los aspectos que propician los liderazgos, los procesos organizativos, los intercambios de experiencias con otras redes organizativas y el aprendizaje del manejo de conflictos en sus grupos, entre otros.

Se parte de reconocer que el elemento temporal es de gran importancia para la consolidación de cualquier proceso colectivo, así como de qué experiencias previas sin duda potencian este efecto. De los nueve grupos de nuestro estudio, seis de ellos manifiestan notables rasgos de empoderamiento colectivo, pues tienen características que lo posibilitan. Los seis reciben asesoría y acompañamiento externos. De ellos, cinco tienen resuelta la comercialización para el mercado y llevan entre seis y 13 años de estar organizados tanto en partidos políticos como en otros comités comunitarios en torno a sus proyectos

productivos, además de que dos de ellos tienen acompañamiento de género. Sin embargo, en todos los grupos hay mujeres con experiencias organizativas en los ámbitos de la religión, la gestión y la participación ciudadana y política que, sin duda, también operan como factores del desarrollo de los mismos grupos. Al respecto, llama la atención que casi la mitad de las mujeres que ha tenido o tiene otras experiencias extradomésticas, actualmente participa en política, además de realizar múltiples actividades.

Soy presidenta de desayunos escolares y tesorera en el jardín de niños. También soy de la base de apoyo del PRD. En el partido tengo siete años. En el kínder, desde mi segundo hijo (hace como doce años), he tenido cargos. Fui enfermera hace siete años y actualmente soy partera. 'Ora me nombraron presidenta de un programa para mujeres embarazadas: es del DIF (Manuela, 36 años, 2000).

También hacemos trabajo social y pues ahora más que nada un poquito en lo político. Al principio, ya ve que en la iglesia rechazaban: que los católicos no deben meterse en la política. Es bonito, gracias a Dios. En grupo hemos tratado de movilizarnos en distintas formas de participación (Margarita, 30 años, 2000).

Siempre lo he hecho, desde que ya empecé a salir pue', a moverme, ya hace como cinco años. Ni yo misma me doy cuenta cómo me involucré con los del PRI. Con estas cosas anduve con la esposa del diputado [...], y como ellos dicen: "Si nos apoyan, conmigo van a tener lo que ustedes nos pidan". Ellos vinieron la primera vez y yo aquí hablé con ellos, y hubo una confianza entre ella y yo y 'onde quiera que van me hablan. "Vamos a tal parte y aquí y allá". A mí me gusta; me dicen: "Hay esto; haz una solicitud". Yo acá vengo. Invito a mis compañeras y les digo: "¿Saben qué? Podemos sacar esto", y si ellas me aceptan, adelante (Ana, 39 años, 2000).

Si bien no todas las actividades extradomésticas propician *per se* un proceso de empoderamiento, el hecho de salir del ámbito doméstico otorga a las mujeres una amplia gama de opciones que —a su vez— les permite generar otras expectativas y aspiraciones; entre ellas, la de la misma organización para la producción.

El empoderamiento en el aspecto colectivo también se refleja en la toma de decisiones conjuntas; es decir, parte de principios democráticos y de un ejercicio de poder compartido.

Pues nos juntamos y una dice una cosa; otra dice otra... hasta que nos ponemos de acuerdo. Fíjese que no sabíamos hacer la solicitud; no sabíamos nada, nada. Ni cómo comenzar; y pues nos han estado enseñando, ya le hemos aprendido un poquito (Graciela, 33 años, 2000).

Nos juntábamos y decíamos: “¿Cómo le vamos a hacer?”. “Pues hay que cooperarnos”. Y nos cooperábamos de a cinco pesos, de a ocho pesos, de a diez pesos; y otra vuelta y otra vuelta; nos reuníamos quizá como dos veces en la semana [...] y no nos daban nada. Por eso muchas se desesperaban y dejaron de llegar: tardaron en apoyarnos más de un año y medio. Íbamos hasta Villahermosa a dejar la solicitud a Fonaes; aprendimos el caminito y ya después empezamos a llegar solitas [risas] (Delia, 40 años, 2000).

Las tomas de decisiones compartidas representan un avance importante en el proceso de empoderamiento colectivo. Cabe resaltar que los grupos en los que hay procesos democráticos son asesorados por organizaciones civiles. Otro aspecto sin duda representativo es el hecho de que, si bien hay problemas, ellas están logrando resolver sus conflictos internos como integrantes de un colectivo. Esto refleja una gran madurez, además de que han logrado valorar el peso que tiene la organización, así como tener una identidad como grupo.

[...] hasta ahorita gracias a Dios nos hemos llevado bien. Yo, por ser presidenta, no soy más que ellas, sino todas igual; hacemos reunión y todas opinan, trabajamos parejas: todas iguales. La presidenta se cambia cada dos años (Norma, 27 años, 2000).

En problemas, ahí vamos avanzando [...] pusimos un reglamento interno: que los problemas en lugar de irlos a platicar a otro lado los arreglemos [*sic*] aquí, en la reunión, y quedemos como buenas amigas. Ahí vamos, pero siempre hay desniveles, como en todo; pero bastante se ha compuesto el grupo: nos reunimos, platicamos, solucionamos (Leticia, 43 años, 2000).

Sí, hay mujeres de los dos partidos políticos: PRI y PRD; pero nosotros decimos: en el grupo los problemas que tengan con el marido, que los dejen en su casa. El problema que tengan en el partido, que lo dejen en el partido, y los problemas que tengan con otra persona pues los tratan allá. En el grupo nos tenemos que hablar, aunque al ratito nos mentemos la madre; pero primero vamos a ver nuestros problemas de los proyectos y de ahí, si nos queremos matar, que sea afuera (Manuela, 36 años, 2000).

Prácticamente todos los grupos cuidan y atienden la organización; se reúnen periódicamente, en ocasiones solas o con el apoyo de alguna asesora o asesor y conciben que un grupo mejor organizado tiene mayores posibilidades de enfrentar y superar adversidades. Ello constituye un elemento más del empoderamiento de las mujeres en la esfera colectiva identificada por Rowlands (1997).

Otro aspecto analizado en esta misma dimensión son las relaciones de los grupos con el resto de la población de las comunidades a las que pertenecen. ¿Cómo ha visto la gente el proceso de estas mujeres ante su nuevo papel de productoras? ¿Son vistas como personas importantes? ¿Son vistas con admiración? ¿Son sujetas de respeto? ¿O tal vez ocurra todo lo contrario? Las mujeres entrevistadas comentan que si bien en muchas ocasiones la comunidad las ve con respeto y surgen deseos en otras personas de desarrollar también proyectos productivos y se acercan a ellas para preguntar sobre su experiencia, en otras ocasiones son criticadas y generan envidias.

Últimamente sí hemos tenido problemitas, por personas que tratan de perjudicarnos. Es que, desde que comenzamos, no hemos querido darnos a manejar por un gobierno. Nosotros hemos trabajado a no perder nuestra religión y nuestra unidad, y hay personas que han tratado de llevarnos por una razón política o por la envidia. Nosotros hasta ahora fue que tuvimos un apoyo del gobierno; ahora que empezó la política fue que nos dieron el apoyo. Nosotros decimos que el que nos quiera dar, tenemos las puertas abiertas. De Fonaes nos dieron un apoyo [...] hemos hecho sacrificio de hacer nuestra empresita útil, hemos ido comprando cosas con el mismo dinero que trabajamos; pero la comunidad piensa que nosotros no nos sacrificamos y que todo lo que tenemos es regalado por el gobierno, y dicen: “A nosotros no nos dan; a ustedes sí les regalan”. Y no es cierto, porque le sé decir que de todo lo que tenemos, nada es regalado (Margarita, 30 años, 2000).

Yo siempre escucho rumores y digo: “No vaya a ser que por causa de esto vaya yo a tronar”. Escuché unas palabras de “don ese”⁹ que no nos quiere dejar funcionar. Eso es lo que yo digo. Yo tengo miedo; y no es porque me esté echando atrás ni nada. De poder, sí se puede, pero ya digo [...] por eso es por lo que yo no quiero. Es que ellos trabajan con cosas así de... pues... cosas... Sí, de brujería, para no dejar que otros prosperen, pues (Cristina, 30 años, 2000).

¡Uh! Casi nadie nos ve bien: se imaginan que, si salimos, quién sabe qué vamos a hacer por allá (Carmina, 37 años, 2000).

En el primer caso, las críticas de otras y otros las han unido más: las fortalecen. De cierta manera, demuestran resistencia y saben que gracias a la organización es posible acceder a otros recursos. Sin embargo, estos testimonios muestran que las nuevas actividades que las mujeres

⁹ Término coloquial utilizado para referirse a una persona conocida de quien sobra decir su nombre. En este caso se refiere a un señor de su comunidad que atiende la tienda de la Comisión Nacional de Subsistencias Populares (Conasupo), para quien el grupo, al cual la entrevistada pertenece, significa la competencia.

desempeñan atentan contra las normas hegemónicas de género y ocasionan la reticencia de algunas personas en las comunidades, quienes —siguiendo una visión tradicional— consideran que las mujeres no deben desempeñar otras funciones fuera del ámbito doméstico. En este mismo sentido, dos asesores comentan sobre lo que los hombres han opinado:

Aquí las han criticado mucho: les dicen que este trabajo de las abejas no es un trabajo de mujeres; que es para los hombres. Entonces les decían que eso no iba a funcionar, que a más tardar en un año eso iba a fracasar; pero yo creo que les metió más pila a las señoras y han seguido adelante. Mucha gente hoy quiere trabajar con abejas; hasta hombres que las criticaban, porque han visto el trabajo de ellas (Sergio).

Los hombres decían que las mujeres no iban a poder con los borregos; que es trabajo de hombres. Pero luego vieron que sí podían... (Rosa).

También hay personas en las comunidades que, como he mo señalado, las admiran y se acercan a ellas. En este sentido, podemos decir que dichas mujeres se han constituido en un ejemplo para seguir, sobre todo para otras mujeres:

Acá hay unas compañeras abajo que me dicen: “¿Cómo le hicieron, Julia, pa’ organizarse? ¿Cuesta mucho?” (Julia, 38 años, 2000).

Dicen que las mujeres somos más cabronas, los hombres dicen. La gente se admira pue’ de cómo nosotros podemos cuidar los borregos. ¡Uuuuh! por eso nos dicen las “borregueras”: porque llegamos a tener 80, 90 borregos (Delia, 40 años, 2000).

c) Dimensión de empoderamiento de las relaciones cercanas

Puede considerarse que ésta es la dimensión en la que resulta más difícil lograr transformaciones respecto de las normas hegemónicas de género, debido a que si bien es viable reconocer el liderazgo y la importancia que las mujeres productoras representan para la comunidad, alterar la división sexual de las “obligaciones” domésticas y lograr que éstas sean compartidas con los maridos y cambien aspectos de la relación entre las parejas, genera fuertes resistencias. Esto constituye una limitante en el proceso de empoderamiento de las relaciones cercanas y, por tanto, plantea fuertes obstáculos para que se empoderen en las otras dimensiones: la colectiva y la individual.

En el presente apartado ofrecemos testimonios que reflejan avances y otros en los que se aprecia la dificultad para lograrlos. En dicho sentido, consideramos ciertos indicadores para analizar esta esfera del empoderamiento, tales como la aportación económica de las mujeres al grupo doméstico, los gastos generados entre los miembros, la realización de las tareas domésticas, la propiedad y posesión de los bienes y los mecanismos de toma de decisiones dentro del grupo doméstico. Cabe señalar que también en la dimensión mencionada, como veremos, algunas de las mujeres han tenido importantes avances; mientras que otras empiezan a percibir su situación como inequitativa y la cuestionan.

Un dato revelador es que 23 de las 27 mujeres entrevistadas habían realizado actividades que aportaban un ingreso a la economía del grupo doméstico aún antes de participar en sus proyectos productivos y que, entre las que no habían realizado antes ninguna actividad económica, se encuentran las tres no unidas y una recién unida. De hecho, nueve de ellas realizan actualmente otras actividades (además de las de sus proyectos productivos) que les aportan ingresos. Lo anterior demuestra que los maridos no han sido los únicos (y en ocasiones tampoco los principales) proveedores de los grupos domésticos.

Yo trabajé mucho en lavar: era lavandera; porque ahorita gracias al Señor que nos dieron esas chochias, y le pido al Señor que me siga ayudando. Venía el tiempo de agua, no me va usté a confesar, teníamos que ir a lavar con el agua hasta aquí [se toca la cintura]. Se ponía feísimo: del diario estábamos mojadas, porque dos o tres días teníamos que ir al río a lavar [...] yo lavaba mucho ajeno, porque si no, no comíamos. Él [su esposo], días que no me daba nada. A esta hora andaba yo en el campo sacando mi mazorquita y mi camote y venía a hacer mi comida. Y orita que tenía yo unos puerquitos a medias¹⁰ [aparte de los que tiene como socia del grupo] y los vendimos, y le digo a él: "Orita no voy a gastar mi dinero", porque a veces le digo: "Nos hace falta una comida; no tenemos comida. Nos hace falta un kilo de azúcar: no hay azúcar". Orita le voy a aplicar [invertir] a esa tiendita [tiene una tienda de abarrotes en su casa] (Araceli, 47 años, 2000).

Antes mi esposo tomaba mucho [...] Cuando mi hija la mayor se crió, yo hacía puras servilletas de esas bordadas a mano: bordaba en batas, blusas, en fundas... para sacar adelante a mis hijos. Ella [mi hija] estaba

¹⁰ Tener animales *a medias* es una práctica común en estas comunidades. Consiste en que dos personas establecen un trato verbal: una de ellas pone a los animales en especie y la otra los cría; al venderlos, corresponde a cada una la mitad del dinero.

chica; se encargaba de la cocina y yo, de la limpieza de la casa y de la comida. Cuando los del Crise¹¹ nos invitaron a ir a aprender eso de las medicinas, la primera vez que me invitaron no le tomé interés. No quise ir; pero después vino mi suegra para acá y me dijo: “No, pues vete. Mira, esto va a estar muy bueno: poco a poquito se va aprendiendo y con esto vas a tener algo de dinero”. Y me decidí a ir [...] y ahorita me voy a Huimanguillo a vender medicamento dos, tres días... (Carmina, 37 años, 2000).

No todas las mujeres conciben que las actividades que realizan, además de las del proyecto productivo, constituyen un aporte económico¹² de manera que los grupos domésticos dejen de hacer gastos para cubrir las necesidades básicas. En este sentido, las mujeres valoran de una manera especial la sensación de tener o no tener dinero en la mano.

[...] Yo en la casa hago nuestra ropita; eso es lo que nos da en el día nomás: el tiempo. También he sembrado hortalizas; pero es primera vez que estamos ganando algo de dinero. Ya hemos comentado entre las del grupo que ojalá que vendiéramos algo en el día: que nos caiga un peso (Lilia, 35 años, 2000).

[...] Queríamos trabajar: yo ya tenía nueve años trabajando en lo de salud sin recibir nada a cambio; hasta que empezamos con lo de las tiendas. Veíamos que los hombres empezaron a producir borregos y decidimos solicitar borregos (Violeta, 53 años, 2000).

En lo que respecta a en qué gastan las mujeres y los hombres del grupo doméstico los ingresos que obtienen, encontramos diferencias significativas: las mujeres generalmente lo gastan en la casa, en sus hijas e hijos y en ocasiones en el marido mismo; mientras que los varones entregan parte de sus ingresos a sus esposas para “el gasto de la casa” y otra parte lo gastan en sí mismos. Esto lo afirmaron tanto las entrevistadas como las asesoras y asesores que recorren cotidianamente las comunidades. Por supuesto, estamos conscientes de que justamente esto

¹¹ Son las siglas del Centro Regional de Investigación y Servicios Educativos, organismo no gubernamental que se formó en 1986 y desde entonces promueve la organización y brinda asesoría a productoras y productores en la zona de la sierra del municipio de Huimanguillo.

¹² Aunque estamos de acuerdo con la postura de Dalla (en Amorós, 1994) acerca de que el trabajo doméstico también tiene un valor económico y social que no es reconocido, hemos querido separarlo de otras actividades que en la lógica capitalista, y desde luego masculina, se les adjudica un valor por lo menos económico.

también constituye una limitante para que puedan darse procesos de empoderamiento en la dimensión de las relaciones cercanas, ya que por un lado ellas deciden en qué gastan su dinero; pero, por otro, continúan sin pensar mucho en sí mismas, sino en “ser” para otros.

Pues si es una señora, piensa: “Voy a comprar mi plancha; voy a comprar dos sillas más o trastos”. Las mujeres sobre todo en eso [...] Las señoras, como siempre, dicen: “Yo voy a comprar mis trastos: no tengo olla, no tengo vaso, voy a comprar una sobrecama, voy a comprar mi licuadora”, algo que le beneficie, y eso es en beneficio de ella [...] Tengo una grabadora chiquita, pero a veces les digo: “Vamos a comprar algo que nos beneficie a nosotros”. No compraría un estéreo si no me hace falta; me va a beneficiar más una lavadora o un molino eléctrico (Martha, 55 años, 2000).

Compro ropa y zapatos para todos. Estoy alegre, quiero seguir adelante con mis cerdos. Antes no tenía nada, ni televisión; con los cerdos la compré (Gloria, 38 años, 2000).

Pues los hombres cobran y en la noche no van a dormir: se van de borrachera; seguro sus cinco o seis litros de trago. Hoy fueron a cobrar; ya ahorita están empezando a tomar trago y hay dos o tres que están bien flacos. Pelean (Josefina, 50 años, 2000).

[...] ellos casi no dan dinero en su casa; un hombre que toma bastante y la mujer ahí está: sufriendo de hambre. Por eso el gobierno dio para las mujeres, porque los hombres no pueden aguantar el dinero; tienen dinero y se lo gastan, y ellas saben qué se necesita: frijol, arroz, tortilla... (Lilia, 35 años, 2000).

Algunas de las mujeres, además de destinar el dinero a las necesidades de la casa, también invierten parte de él en sí mismas y otras más lo emplean para cuidar su salud, lo cual es un importante indicio de empoderamiento, ya que cuidar su cuerpo tiene muchos significados; entre otros: quererse a sí mismas y tener una autoestima alta.

También agarro dinero pa’ mi enfermedad. Duré tiempo y ya me iban a sacar mi vejiga. Ay, Dios mío, doña; pero yo lloré mucho, porque un señor aquí que le sacaron la vejiga se murió y por sonda nomás. Yo tenía 1 500 pesos ahorrados y me fui a un doctor particular. Me fui a Villahermosa, me saqué el ultrasonido y me hice el Papanicolaou. Me dijo que la matriz estaba lastimada; yo sangraba bastante. Pero luego me dijo el doctor: “Ya no tiene usted nada”. Con la medicina que me dio y que estuve tomando, se me quitó (Araceli, 47 años, 2000).

Es importante aclarar que tanto técnicas, técnicos, asesoras y asesores externos como las mujeres entrevistadas, consideran que los proyectos

de las mujeres son más “exitosos” que los de los hombres y aseveran que ellas son más responsables y ahorrativas. El representante estatal de Fonaes aclara que los grupos de mujeres son los que en su mayoría han pagado los créditos otorgados y considera esto como un indicador de que son más exitosos que los de los hombres. Sin embargo, creemos que ello puede deberse a factores que precisamente tienen que ver con las normas hegemónicas de género, las cuales confieren a las mujeres el cuidado de los hijos, el sentido de responsabilidad para la estabilidad del grupo doméstico y la administración de los recursos, lo que las hace desarrollar un sentido del ahorro. Son estas mismas normas hegemónicas de género las que impiden a las mujeres reconocer y valorar, en muchos casos, su aporte monetario al grupo doméstico, por lo que le atribuyen a los maridos el papel de únicos proveedores o de principal soporte económico.

Pues sale igual, yo creo,¹³ o sale más del cerdo. Parece que sale más del cerdo; sí se vende bien, aunque a veces no dan mucha *cría* (Raquel, 18 años, 2000).

E: Tú la otra vez me dijiste que tú aportabas más.¹⁴

R: Sí, por lo de los partos [ella es partera]. Lo voy ahorrando y cuando hay gasto, ahí tengo; ya ahora me compré dos cerditas chicas (aparte de las del crédito). Yo quiero salir adelante. Ahorita tengo mi pollo de rancho. Si no hay de comer o no hay dinero, ahí está el pollo y, si no, vendo uno y ya tengo para comprar otra cosa de comer. Pero cuando hay dinero, entre los dos lo gastamos, porque él también trabaja mucho; él se va a trabajar. Yo siembro mi cilantro, mi cebollín, mi perejil, rábano, lechuga, chile, tomate: todo pa'l consumo (Manuela, 36 años, 2000).

Por otra parte, en este mismo ámbito de las relaciones cercanas, resalta que las mujeres entrevistadas realizan las tareas domésticas, en algunos casos con ayuda de sus hijas e hijos y que, cuando ellas deben salir, se hacen cargo de dichas actividades las hijas mayores, madres, suegras o hermanas; esto es, alguna otra mujer de los grupos domésticos entre quienes se construyen invariablemente las redes de apoyo y solidaridad. Lo anterior refleja la dificultad para lograr avances en la

¹³ Se le preguntó si su marido, que es campesino, obtiene más ingresos que ella con los cerdos.

¹⁴ Ésta es una segunda entrevista a la misma persona. En la primera entrevista aseguró que ella aportaba más al ingreso familiar; cuando en esta segunda entrevista señaló que aportaban igual, el esposo estaba presente. Posteriormente, él se retiró y se le volvió a hacer la pregunta.

redistribución del trabajo doméstico entre las mujeres y sus maridos, como hemos señalado al inicio de este apartado.

Mi hija es la que me ayuda cuando viene de su escuela: la ve usted echando tortilla, haciendo cualquier cosa; hasta me lava. Yo que soy madre de hogar, a las tres de la mañana ya estoy levantada, para que me dé tiempo de todo: echar tortilla, hacer la comida... Es que no le da tiempo [a mi marido]. Cuando ellos [mis hijos] estaban más pequeños, ya me ayudaban; pero él no, por la pendencia de su trabajo, porque todo hace falta. Él tiene que sacrificarse; él sostiene la casa (Imelda, 28 años, 2000).

Sin embargo, en algunos pocos casos los maridos realizan algunas tareas domésticas. Estos incipientes cambios se han venido dando ante la necesidad al salir las mujeres de sus casas cada vez que tienen reuniones, asambleas, pláticas, talleres o cursos. La transformación de actitudes se aprecia también en los hijos de algunas de las entrevistadas.

Cuando yo voy a la reunión del grupo, me llevo a mi hijo, o a veces lo dejo con su papá [...]; él [mi marido] se atiende solo: él hace su comida cuando quiere (Raquel, 18 años, 2000).

Él [su marido] ayuda a moler, a cocer maíz, frijol... (Julia, 39 años, 2000).

Mi hijita mayor siempre quiere ir conmigo, pero yo le digo: "Mamita, cuando tú te recibas vas a ser otra igual que yo, y ésa va a ser tu mejor herencia que yo te voy a dejar: que seas participativa". De hecho ella es coordinadora de jóvenes; ya empieza a participar (Manuela, 36 años, 2000).

Otro aspecto importante que cabe señalar es la carga de trabajo que entraña para las mujeres atender sus proyectos productivos. Destaca que las mujeres con proyectos de cerdos y borregos no conciben la cría de estos animales como una carga más de trabajo, ya que todas afirman que no les ocupa más de una hora diaria. En cuanto a las de los otros proyectos (panadería, abarrotes, costura, comercialización y chocolate), si bien desconocían que atenderlos les significa otra carga, consideran que antes realizaban tareas más pesadas y menos redituables.

Lo de los cerdos me lleva como una hora diaria. Pero no los estamos cuidando cada rato; no'más les echamos el alimento. Cuando está sucio, se lava (Hilda, 24 años, 2000).

Cuando no tengo que hacer, aquí me vengo: al campo. Me gusta ver los borregos, me gusta hablarles, porque veo que entienden... (Carmina, 37 años, 2000).

Otro aspecto digno de ser tomado en cuenta en esta dimensión de las relaciones cercanas son las propiedades. En general, las mujeres del estudio no poseen bienes. Sin embargo, ello no les preocupa, pues consideran que al habitar la casa y aprovechar el trabajo de las tierras, estos bienes también les pertenecen. Creemos que lo anterior responde tanto a la costumbre patriarcal de que sean los hombres los dueños de las propiedades como a la seguridad de las mujeres en sus uniones, toda vez que en dichas comunidades son pocos los casos de separación o divorcio; pero también a que ante la costumbre de que el matrimonio es “para toda la vida”, las mujeres son quienes deben sacrificar o hipotecar —tal como se discutió en la parte teórica— su propio bienestar.

[...] pero es lo mismo, porque ahí vivimos los dos, aunque esté a nombre del marido [...]; y si se lo queremos quitar, también se lo podemos quitar. Nosotros no tenemos problemas, pero yo digo que tanto derecho tiene él; pero los derechos los tenemos también las mujeres. Aunque siempre que esté legalizado lo que es el matrimonio, porque si yo no estoy casada, pues... (Violeta, 53 años, 2000).

Por lo que toca a los mecanismos de toma de decisiones, destaca que en los grupos domésticos de las mujeres de nuestro estudio, ellos responden a un corte de tipo tradicional y, por supuesto, a que persiste un fuerte arraigo de las normas hegemónicas de género. Por ello, los maridos toman las decisiones referentes a ampliaciones a la vivienda, asuntos de la comunidad y relaciones externas, mientras que las mujeres deciden acerca de lo doméstico y del cuidado de los hijos. Sin embargo, se aprecian importantes cambios en lo que a la participación de las mujeres en sus propias actividades económicas se refiere.

Cuando yo considero que puedo tomar una decisión, la tomo; pero cuando considero que él, como hombre de la casa, él la toma y él igual me da mi lugar [...] como en lo del grupo: él sabe que la decisión la debo de tomar yo (Leticia, 43 años, 2000).

Respecto del conocimiento de los derechos de las mujeres, la gran mayoría de nuestras entrevistadas reporta no conocerlos.

Consideramos que el hecho de que las mujeres conozcan sus derechos resulta fundamental para lograr cambios en la dimensión personal, por lo que es necesario comenzar o reforzar el aspecto educativo con perspectiva de género.

Sí, las mujeres tenemos derecho a... bueno, pues tenemos derecho, por ejemplo, a que nos mantenga el marido (Fabiola, 37 años, 2000).

¿Derechos? No, no sé. ¿Cuáles? (Alma, 34 años, 2000).

Sólo dos de las mujeres entrevistadas, que son presidentas de grupo, muestran tener conciencia de que como mujeres tienen derechos. Si bien nos parece que los refieren más al reconocerse igualmente capaces o más que cualquier hombre, que al reconocimiento de una equidad de género. Por ejemplo, al decir en el siguiente testimonio: “[...] menos a andar buscando otro hombre”, queda abierta la posibilidad de creer que ése es un derecho sólo exclusivo de los varones:

Tengo derecho a ser respetada y a respetar también; tengo derecho a lo que por ley me corresponde; tengo derecho a trabajar. Yo siento que todos los derechos que tiene el hombre los tengo también, menos a andar buscando [otro] hombre (Manuela, 36 años, 2000).

Aquí en la comunidad todas tenemos los mismos derechos; ya las mujeres están conscientes. Pero hay otras que no: las de Melchor Ocampo. Ahora que yo fui a hacer el censo político [del PRI], dan sus datos y ellas no se fijan si es político o qué. Son muy amables las señoras. Les preguntaba su nombre, su edad, qué le pedirían al nuevo gobierno que ganara y decían: “No sé, sólo el señor [sus maridos] sabe”. Ahí me di cuenta que ellas no dan opiniones; no saben que si gana el nuevo gobierno, teniendo los mismos derechos que el hombre, puedo pedir empleo, seguridad, salud, trabajo... lo que sea (Leticia, 43 años, 2000).

El siguiente testimonio es muy importante porque vislumbra la posibilidad de demostrar que las mujeres tienen tanta capacidad como los hombres para desarrollar sus proyectos; además, se apropian de espacios, como el de la noche, que antes eran considerados como masculinos:

Antes sí, mi esposo se molestaba porque teníamos salidas; decía que nomás iba yo a perder el tiempo y que esto que lo otro. Cuando la primera cría que dio la chocha, siempre estaba molesto porque me tocó de noche y no lo molesté a él. No le hablé. Luego, cuando los iba yo a capar, me dice: “No, que tú no sabes, que los vas a matar, que tú eres una burra”. Me

acuerdo que me decía: "Vamos a ver". Le dije: "Si se mueren, son míos". Y no se murieron, y vio que sí sabía (Yolanda).

El espacio de la noche es un espacio eminentemente masculino; por eso, ella aclara que cuando le tocó de noche no lo molestó. Ello indica independencia, autonomía; pero no sólo eso, sino que además le demostró que ya su estatus cambió: de ser ignorante, a una mujer productora con conocimientos, que ya no necesita del hombre para todo lo que va a hacer. Además, indica importantísimos avances en la transformación de las normas hegemónicas de género y, por supuesto, de empoderamiento en la dimensión de las relaciones cercanas.

Se encontraron relativamente pocos casos de violencia doméstica entre las mujeres que participan en los grupos; valoramos que en el caso de las mujeres que no son o han dejado de ser golpeadas o de sufrir violencia psicológica, se aprecia este hecho como un indicador de empoderamiento que refiere a la posición que ahora ocupan las mujeres dentro tanto de los grupos domésticos como de sus comunidades.

Cuando era yo más joven sí me golpeaba; pero, gracias a Dios, pues tuve el apoyo de su hermana, que le decía que no fuera así. Pero ya después yo también "le daba". Como ahorita, si me regaña, le digo: "No soy tu esclava: soy tu esposa, pero no tu esclava". Antes yo no le contestaba. Le tenía miedo, y una vez sí le contesté y me dijo que me iba a pegar. "Pégame", le digo, pero no se atrevió. "Lárgate", me dijo. "Sí me voy a largar, pero llévame a mi casa, porque yo aquí no vine sola: vine porque tú me trajiste" (Yolanda, 32 años, 2000).

Sólo ese Jacinto [golpea a su esposa]; es que toma mucho. Pero las demás no; es que no se dejan tanto porque ellas cobran su dinero (Julia, 39 años, 2000).

[...] antes me golpeaba, me maltrataba mucho. Llegaba tomado y al pleito. Yo sufrí mucho: andaba con otras mujeres; se gastaba el dinero. Ya ahorita no. Mi dinero es mío y yo le digo que todo lo que hay aquí es mío. Yo lo he comprado: lo de la tienda, todo; así que yo ahora siento que yo puedo decidir todo. Él se enoja; dice: "Pues sí, todo es tuyo" [...] Antes mi vida era horrible. Me decía: "¿A qué viene esa gente?". Ahora yo puedo viajar. "¿Adónde fuiste?" "Fui a tal parte." "Ah, bueno; está bien." Cuando salgo, le digo: "Ahí te dejo tal cosa en el refrigerador; si lo quieres comer, ahí caliéntalo y calienta tu tortilla. Ahí hay qué beber. Yo no sé a qué hora voy a venir porque a veces el carrito no viene" (Araceli, 47 años, 2000).

Por otra parte, el dinero constituye nuevamente un medio para introducir cambios en sus vidas y generar procesos de empoderamiento. En el testimonio anterior se aprecia cómo ella ya no requiere solicitar permiso al marido; él ya no controla los actos de ella: ella toma sus propias decisiones. Resalta que por lo menos él debe hacerse cargo de servirse los alimentos. Esto es importantísimo si consideramos que una de las normas de género más arraigadas es que las mujeres, además de preparar los alimentos, deben servirlos; de hecho, muchos maridos —si las esposas llegan tarde— no comen sino hasta que ellas llegan a servirles.

En general, la mayoría de las mujeres de nuestro estudio se siente bien; su vida ha cambiado y considera que ahora vive mejor que antes. Es un hecho también que todas tienen planes para el futuro, deseos y expectativas de vida, tanto en lo económico como en la adquisición de conocimientos y de transformación de las relaciones cercanas. Quieren seguir creciendo en todos los aspectos y, ante la pregunta de si les gusta su vida y si habría algo que cambiarían, respondieron:

Sí me gusta, aunque a veces con tantos problemas [...] pero ahí vamos, poco a poco. A mí me gustaría aprender más; siempre yo le digo a mi esposo que me gustaría saber más [...] A mí me gustaría que siguiéramos siempre así y no nada más con dos chochas, sino con cuatro o cinco. Yo de hecho tengo pensado dejarme dos cerditos para seguir, y ahí a jalones y estirones tengo las dos chochas del crédito y otra más (Yolanda, 32 años, 2000).

Me gustaría saber más cosas, tener más capacitación; sobre todo cómo industrializar el chocolate: vender el chocolate. Yo quiero vender en grande. Tengo la idea y la esperanza de que lo vamos a hacer (Margarita, 30 años, 2000).

V. A MANERA DE CONCLUSIONES

Es oportuno aclarar que el enfoque de género entraña, además de una perspectiva analítica, una posición política que comprende directamente las tomas de posición personal. Con ello se hace hincapié en que resulta un compromiso que debe incorporarse (hacerse cuerpo) de modo crítico por parte de los agentes sociales, cuenten o no con el capital cultural para entender de qué se trata. En otras palabras, la perspectiva de género es siempre un proceso que exige quebrar y transformar

creencias sociales dominantes, así como posiciones relativas de poder en la vida social, al mismo tiempo que ir reconstruyendo un modo distinto y políticamente complejo de mirar, representar y actuar en el mundo. Del mismo modo que se aprende a construir y vivir como natural un mundo desigual entre hombres y mujeres, hay que aprender a comprender las dificultades intrínsecas de la de-construcción, de la tarea de revertir el proceso, justamente para no errar, en lo posible.

Asesoras y asesores entrevistados aseguran que los proyectos productivos fortalecen la dignidad de las mujeres al lograr dotarlas de mayor seguridad, permitirles manejar dinero, adquirir cierto poder y cambiar aspectos de las relaciones entre las parejas. Ésta es una percepción que, como hemos visto, se confirmó en el campo y que las propias mujeres entrevistadas comparten. Sin embargo, podemos afirmar que el empoderamiento de las mujeres —como un fin explícito— no es propiciado ni promovido por las asesoras y asesores externos, sino que se trata de procesos que se dan ante las nuevas experiencias de las mujeres, quienes comienzan a ver y a vivir una realidad que desconocían. Consideramos que, en la medida en que realmente el enfoque de género se contemple en la planeación y operación de los grupos de mujeres por parte de asesoras y asesores externos —así como lograr que las instituciones gubernamentales que contemplan programas para mujeres, expliciten y ejecuten dichos programas igualmente con una perspectiva de género (para lo cual es importante la capacitación del personal de apoyo) se logrará influir en la transformación del papel de subordinación que hasta el momento aún prevalece entre las mujeres.

El empoderamiento de las mujeres debe ser entendido como un proceso discontinuo en el que intervienen tanto elementos que lo propician como otros que lo limitan. En este sentido, en varios de los testimonios presentados a lo largo del presente texto, podemos observar ciertas actitudes de corte autoritario y de dependencia de las socias respecto de las presidentas, que nos llevan a reflexionar acerca del riesgo latente de que se lleguen a reproducir (en algunos de estos grupos), las formas masculinas y verticales de comprender, acceder y ejercer el poder. Asimismo, se puede apreciar que si bien hay elementos que indican empoderamiento, hay otros que lo limitan, sobre todo en la dimensión de las relaciones cercanas.

No obstante, consideramos que en las experiencias analizadas se está dando un proceso de empoderamiento en las tres dimensiones

señaladas por Rowlands (1997): el individual, el de las relaciones cercanas y sobre todo el colectivo. Por otra parte, a lo largo del análisis resulta claro el desarrollo de las capacidades de las mujeres que pertenecen a dichos grupos, así como las valoraciones, sensaciones y autopercepción positiva que tienen de ellas mismas ante las nuevas experiencias, lo que, al decir de Sen (1996), indica que hay bienestar.

Podemos afirmar, así, que en este estudio hay mujeres con un proceso de empoderamiento más avanzado que otras, donde las primeras corresponden principalmente a mujeres que han participado en otras actividades organizativas, de gestión comunitaria y actividades políticas. En términos específicos, puede considerarse que si bien los proyectos productivos por sí mismos no abaten la inequidad de género, en la medida en que refuerzan la participación de las mujeres, sí crean condiciones de posibilidad para que se den procesos de empoderamiento en las participantes, lo cual se potenciaría más si existiera el fin implícito de empoderarlas.

En este sentido, a lo largo del presente artículo se aprecian constantes testimonios que indican que las mujeres han avanzado en el proceso de empoderamiento y en otros pareciera que retroceden, sobre todo en el empoderamiento en la dimensión de las relaciones cercanas. Aún subsisten muchos elementos (tanto en la comunidad como dentro de los grupos domésticos) que postergan y dificultan el empoderamiento de las mujeres y, por tanto, el logro de una real equidad entre los géneros.

Quisiéramos subrayar —como parte de las experiencias aquí documentadas— que los proyectos con mujeres productoras que sitúen como propósitos explícitos o implícitos los procesos de empoderamiento, tendrían mejores posibilidades de éxito si tomaran en cuenta una serie de factores previos: *a*) que se realicen con mujeres que ya cuenten con alguna experiencia organizativa o formen parte de organizaciones; *b*) que los proyectos que se instrumenten incluyan el apoyo técnico ampliado (es decir, tanto especializado en la actividad productiva en cuestión como administrativo-contable, jurídico y organizacional); *c*) que prevean que la actividad productiva cuente con mercado o flujos comerciales viables y, lo que nos parece más importante, *d*) que incorporen con todo rigor metodológico y político la perspectiva de género.

Pensamos, asimismo, que es necesario que el proceso de empoderamiento se introduzca como un fin explícito en los

programas de asesoras y asesores externos, con una metodología clara desde el diseño, seguimiento y evaluación de dichos programas. Un elemento importante para generar procesos de empoderamiento sería acompañar los aspectos organizativos con educación acerca de los derechos de las mujeres, con el objetivo de propiciar transformaciones en las relaciones de poder entre hombres y mujeres y, con ello, contribuir al logro de sociedades más equitativas.

BIBLIOGRAFÍA

- Adams, Richard Newbold, 1983, *Energía y estructura. Una teoría del poder social*, México, Fondo Cultura Económica.
- Alonso, Luis Enrique, 1995, "Sujeto y discurso: el lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa", en Juan Manuel Delgado y Juan Gutiérrez (coords.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Madrid, España, pp. 225-240.
- Amorós, Celia, 1994, *Feminismo, igualdad y diferencia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Programa Universitario de Estudios de Género.
- Aranda Bezaury, Josefina, 1993, "Políticas públicas y mujeres campesinas en México", en Soledad González Montes (coord.), *Mujeres y relaciones de género en la antropología latinoamericana*, México, El Colegio de México-Programa Interdisciplinario de Estudios sobre la Mujer, pp. 171-222.
- Ayús Reyes, Ramfis, 1997, "Poder: lecturas paralelas. Notas en los límites entre filosofía y antropología del poder", en Ramfis Ayús Reyes, *La aventura antropológica: cultura, poder, economía y lenguaje; ensayos de iniciación*, Villahermosa Tabasco, México, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, pp. 71-88.
- Barbieri, Teresita de, 1992, "Sobre la categoría 'género'. Una introducción teórico-metodológica", *Revista Interamericana de Sociología*, vol. VI, núms. 2-3, mayo-diciembre, México.
- Beltrán Hernández, José Eduardo, 1985, *Petróleo y desarrollo*, México, Gobierno del Estado de Tabasco.

- Comité de Derechos Humanos de Tabasco, 1999, "Aspectos de la economía en Tabasco", México, Área de Análisis, mimeografiado, Villahermosa, Tabasco.
- Fondo Nacional de Apoyo para las Empresas de Solidaridad (Fonaes)-Secretaría de Desarrollo Social, 1999, *Reglas de operación del programa de empresas sociales*, México, Coordinación de Comunicación Social de Fonaes.
- Foucault, Michel, 1988, *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*, Madrid, Alianza.
- Foucault, Michel, 1991, *Saber y verdad*, Madrid, La Piqueta.
- Foucault, Michel, 1992, *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta.
- Foucault, Michel, 1995, *Historia de la sexualidad*, vol. 1: *La voluntad de saber*, México, Siglo XXI.
- García, Brígida, Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira, 1989, "Reproducción de la fuerza de trabajo", en Orlandina de Oliveira, Vania Salles y Marielle Pepin Lehalleur (comps.), *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, México, El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México/Miguel Ángel Porrúa, pp. 163-185.
- Glaser, Barney G., 1978, *Theoretical Sensitivity. Advances in the Methodology of Grounded Theory*, California, University of California Press.
- Glaser, Barney G. y Anselm L. Strauss, 1979, *The Discovery of Grounded Theory. Strategies for Qualitative Research*, Nueva York, Aldine Publishing Company.
- Hidalgo Celarie, Nidia, 1999, "Cajas de ahorro como estrategia de sobrevivencia de mujeres rurales: caso de la organización SSS Susana Sawyer, Los Álamos, Sonora", tesis presentada como requisito parcial para obtener el grado de maestría en Ciencias, Montecillo, Texcoco, Estado de México, Colegio de Postgraduados.
- Kabeer, Naila, 1998, *Realidades trastocadas, las jerarquías de género en el pensamiento del desarrollo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Paidós.

- Lamas, Marta, 1996, "La antropología feminista y la categoría de género", *Nueva Antropología*, vol. VIII, núm. 30, noviembre, México, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, pp. 173-198.
- Lauretis, Teresa de, 1991, "La tecnología del género", en Carmen Ramos (comp.), *El género en perspectiva. De la dominación universal a la representación múltiple*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, pp. 231-278.
- León, Magdalena, 1997, "El empoderamiento en la teoría y práctica del feminismo", en Magdalena León (comp.), *Podery empoderamiento de las mujeres*, Santa Fe de Bogotá, Colombia, pp. 1-26.
- León, Magdalena, 2001, "El empoderamiento de las mujeres: encuentro del primer y tercer mundos en los estudios de género", *La Ventana*, vol. 11, núm. 13, julio (reproducido en Red de Comunicación Electrónica *Modemmujer*, mayo de 2002), México.
- Mingo, Araceli, 1997, *¿Autonomía o sujeción? Dinámica, sustituciones y formación en una microempresa de campesinas*, México, Programa Universitario de Estudios de Género-Universidad Nacional Autónoma de México/Miguel Ángel Porrúa.
- Moliner, María, 1986, *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos.
- Moser, Caroline O. N., 1992, "La planificación de género en el Tercer Mundo: enfrentando las necesidades prácticas y estratégicas de género", en Virginia Guzmán, Patricia Portocarrero y Virginia Vargas (comps.), *Una nueva lectura: género en el desarrollo*, Santo Arturo, Ediciones Populares Feministas/Entre Mujeres, pp. 57-126.
- Nazar Beutelspacher, Dominga Austreberta, 2000, "Desarrollo, políticas de población y bienestar de las mujeres en tres contextos rurales de Chiapas", tesis presentada como requisito parcial para obtener el doctorado en Ciencias, Texcoco, Estado de México, Colegio de Postgraduados.
- Oliveira, Orlandina de y Vania Salles, 1989, "Introducción", en Orlandina de Oliveira, Vania Salles y Marielle Pepin Lehalleur (comps.), *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*, México, El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México/Miguel Ángel Porrúa.

- Pedrero, Mercedes, Teresa Rendón y Antonieta Barrón, 1995, "Desigualdad en el acceso a oportunidades de empleo y segregación ocupacional por género, situación actual en México y propuestas", en *¿Cuánto cuesta la pobreza de las mujeres? Una perspectiva de América Latina y el Caribe*, México, Fondo de las Naciones Unidas para el Desarrollo de la Mujer (Unifem), pp. 99-112.
- Rowlands, Jo, 1997, "Empoderamiento y mujeres rurales en Honduras: un modelo para el desarrollo", en Magdalena León (comp.), *Poder y empoderamiento de las mujeres*, Santa Fe de Bogotá, Colombia, UN/TM, pp. 213-245.
- Rubin, Gayle, 1996, "El tráfico de las mujeres: notas sobre la 'economía política' del sexo", en Marta Lamas (comp.), *El género, la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Programa Universitario de Estudios de Género, pp. 35-96.
- Schuler, Margaret, 1997, "Los derechos de las mujeres son derechos humanos, la agenda internacional del empoderamiento", en Magdalena León (comp.), *Poder y empoderamiento de las mujeres*, Santa Fe de Bogotá, Colombia, UN/TM, pp. 29-54. .
- Scott, Joan W., 1996, "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en Marta Lamas (comp.), *El género, la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Programa Universitario de Estudios de Género, pp. 265-302.
- Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol), 1999a, *Programa de Desarrollo Social y Combate a la Pobreza 1999-2000*, www.sedesol.gob.mx.
- Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol), 1999b, *Qué es la Sedesol*, www.sedesol.gob.mx.
- Sen, Amartya, 1983, "Los bienes y la gente", *Comercio Exterior*, vol. 33, núm. 12, México, pp. 1115-1123.
- Sen, Amartya, 1996, "Capacidad y bienestar", en Martha Nussbauma y Amartya Sen (comps.), *La calidad de vida*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 54-83.
- Townsend, Janet *et al.*, 1999, *Women & Power: Fighting Patriarchies and Poverty*, Londres, Zed Books.

- Tuñón Pablos, Esperanza, 1997, *Mujeres en escena: de la tramoya al protagonismo (1982-1994)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Programa Universitario de Estudios de Género/El Colegio de la Frontera Sur/Miguel Ángel Porrúa.
- Urquidi, Víctor, 1996, "México en la globalización: condiciones y requisitos de un desarrollo sustentable y equitativo", en *Informe de la sección mexicana del Club de Roma*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 135-157.
- Velázquez Gutiérrez, Margarita, 2000, "Deterioro ambiental, combate a la pobreza e inequidad: ¿es posible un desarrollo rural sustentable con equidad de género?", conferencia inicial en el seminario Definición de Lineamientos Metodológicos Básicos para la Aplicación del Enfoque de Género en las Políticas Públicas, México, Comisión Nacional de la Mujer/Secretaría de Agricultura, Ganadería y Desarrollo Rural/Secretaría de Desarrollo Social/Secretaría del Medio Ambiente, Recursos Naturales y Pesca/Secretaría de Hacienda y Crédito Público/Secretaría de Relaciones Exteriores/Banco de México/Banco Interamericano de Desarrollo/Campaña el Banco Mundial en la Mira de las Mujeres, 4, 5 y 6 de octubre, mimeo.
- Wieringa, Saskia E., 1997, "Una reflexión sobre el poder: la medición del empoderamiento de género del PNUD", en Magdalena León (comp.), *Poder y empoderamiento de las mujeres*, Santa Fe de Bogotá, Colombia, UN/TM, pp. 147-171.
- Zapata Martelo, Emma, 1999, "Power With: Getting Organised", en Janet Townsend *et al.*, *Women and Power: Fighting Patriarchies and Poverty*, Londres, Zed Books, pp. 85-107.
- Zapata Martelo, Emma y Marta Mercado González, 1996, "Del proyecto productivo a la empresa social de mujeres", en Beatriz Canabal Cristiani y Gisela Espinosa Damian (coords.), *Mujeres en el medio rural*, México, Cuadernos Agrarios, núm. 13, pp. 104-128.

Recibido: 25 de octubre de 2001.

Aceptado: 23 de mayo de 2002.